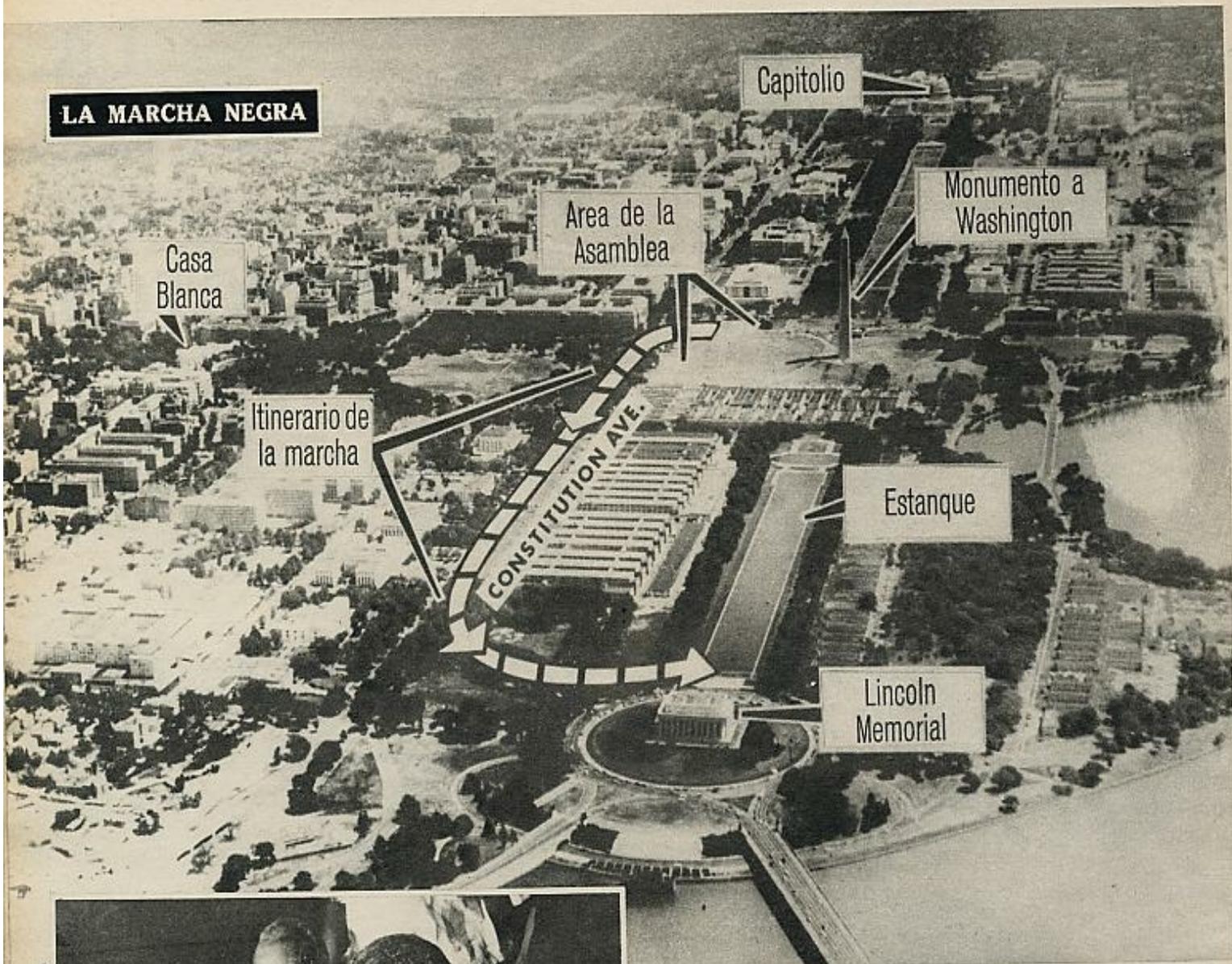


LA MARCHA NEGRA SOBRE WASHINGTON



LA MARCHA NEGRA



He aquí, en una de las fotos, la vista aérea de la capital norteamericana. La línea con las flechas indica la ruta de la «Marcha Negra» hasta el Lincoln Memorial. En la otra, vemos a los organizadores en su cuartel general de Harlem.

UN GRITO

QUINCE muchachos de Brooklyn fueron a pie hasta Washington —cuatrocientos kilómetros— para estar presentes en la «Marcha de los doscientos mil». Tres aviones de lujo llegaron desde Hollywood cargados de «famosos»: Charlton Heston —que por una vez no fue más que comparsa en este gran espectáculo de masas—, Tony Curtis, Marlon Brando, Burt Lancaster, Harry Belafonte, Lena Horne... El desconocido Ledger Smith eligió los patines para recorrer los 1.200 kilómetros que separan Chicago de la capital federal. Autobuses especiales y de línea, aviones alquilados, trenes, coches viejos y relucientes Cadillacs: todos los medios eran buenos para acudir a la cita del 28 de agosto, a la «Marcha sobre Washington».

Desde el cuartel general —que lleva el nombre de «Utopia Club»— los «Seis grandes», los dirigentes negros (John Lewis, Whitney Young, Philip Randolph, Martin Luther King, James Farmer, Roy Wilkins) y sus ayudantes organizaban la manifestación con una minuciosidad puramente americana: desde la forma de preparar la comida —«no hay que llevar mayonesa, porque el calor de Washington la puede descomponer»— hasta la paciencia con que habría que recibir los golpes de la organización nazi americana de Lincoln Rockwell, si





El Presidente Kennedy recibió a los dirigentes de la «Marcha» una vez finalizada ésta. De izquierda a derecha aparecen en la fotografía Wirtz, primer secretario de Trabajo; Mac Kissick, Ahmann, director de la Conferencia Nacional Católica para la Justicia Interracial; Young, Martin Luther King, Lewis, Prinz, presidente del Congreso Israelí Americano; Blake, Randolph y Walter Reuther. Con el Presidente Kennedy se encontraba también el vicepresidente Johnson.

EN WASHINGTON

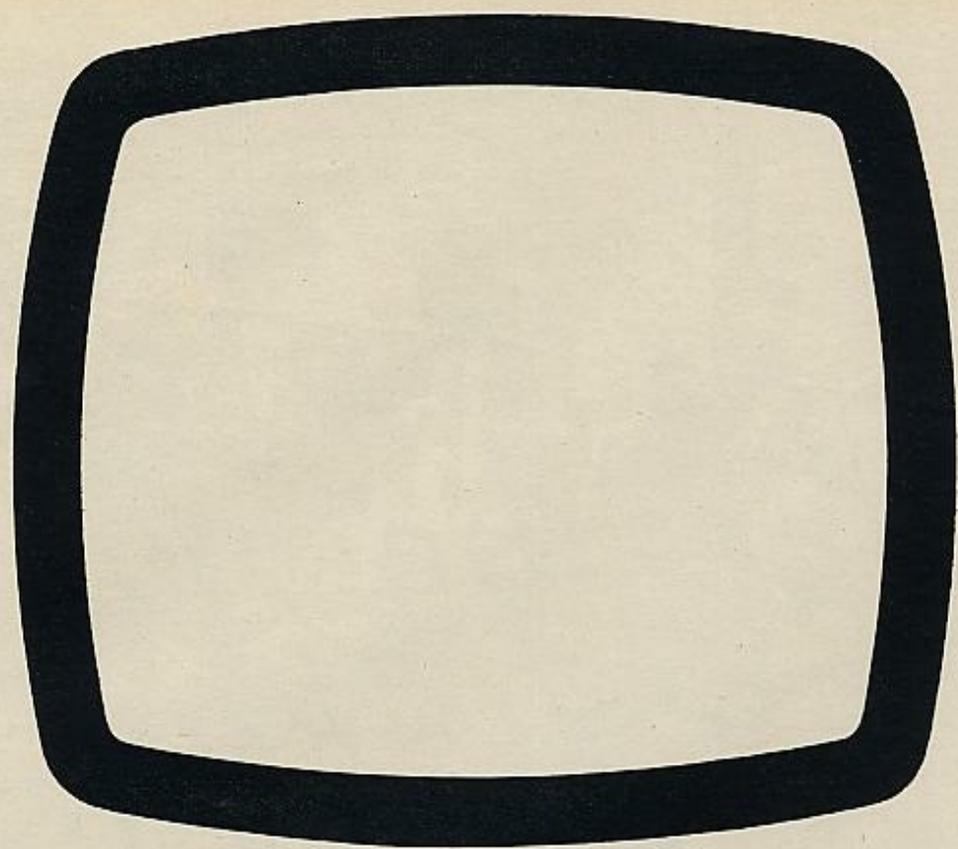
llegaba el caso. Las bebidas alcohólicas estaban prohibidas, los cánticos debían ser sólo pacíficos, las pancartas no debían contener «slogans» amenazadores. («Libres en 1963», decía una de ellas; «Los derechos se nos deben desde hace 150 años», rezaba otra). Se consideraba que un solo incidente podría provocar una catástrofe: no hubo ni uno. (Las 1.335 personas que tuvieron que ser atendidas en las ambulancias lo fueron por males naturales: insolación, fatiga, mareos, caídas). El Distrito de Columbia —que está limitado por la ciudad de Washington— había previsto cinco mil hombres armados —entre policías, bomberos y soldados— para un «caso de urgencia»: el servicio de orden hubiese sido fácilmente enrollado por los doscientos mil manifestantes en unos minutos. Pero el servicio de orden no estaba previsto contra los manifestantes, sino contra los que pudieran tratar de atacar la manifestación (hubo, de hecho, varias alertas: todas falsas. La policía recibió llamadas diciendo que había bombas en el monumento de Lincoln y en algunos de los aviones que debían pasar sobre Washington). Se estaba celebrando una revolución, y esta revolución contaba con el apoyo de la autoridad. Sólo había tres organizaciones en contra: los nazis, el Ku-Klux-Klan y los «Musulmanes negros» —una organización de negros para los que ya es «demasiado tarde» la integración; más adelante ha-

Por EDUARDO HARO TEGGLEN

biáremos de ellos—. No comparecieron. Sólo unos cuarenta nazis estaban presentes, y se disolvieron en cuanto la policía detuvo a uno de ellos.

racismo

Para comprender bien el espíritu de esta marcha sobre Washington hay que aceptar previamente una premisa: la igualdad moral absoluta entre blancos y negros. Esta es una idea fácil que todo el mundo en Europa y, sobre todo, en España donde no hay racismo aparente —no se puede saber si lo hay o no porque no hay problemas de minorías raciales, a no ser los agotes y los gitanos; pero no debemos olvidar que las persecuciones históricas a judíos y moriscos fueron persecuciones raciales—, parece aceptar. Sin embargo, hay que profundizar más. Hay personas que son racistas sin saberlo. Por ejem- **SIGUE**



**la técnica alemana
al gusto español**

reyfra



Un grupo de jóvenes recorrió a pie los 400 kilómetros que separan Nueva York de Washington para tomar parte en la manifestación. Al mismo tiempo, portando pancartas que reclaman la verdadera libertad del negro, ahora, dos clérigos, uno blanco y otro negro, marchan codo con codo al Capitolio.

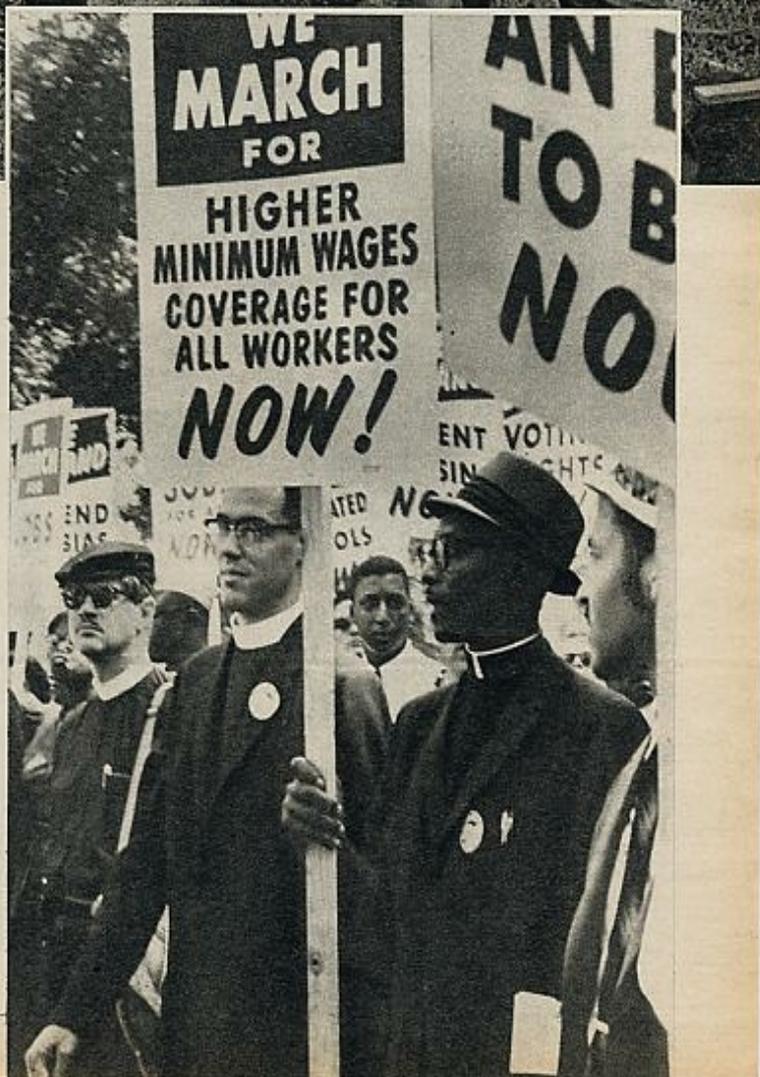
plo, una buena dama de Washington ofreció veinte plazas en su hogar para albergar a otros tantos de los manifestantes, pero precisó en su oferta: «por favor, que sean blancos». Estaba creyendo luchar contra el racismo, y ella misma era racista. Para tener la seguridad de que no se es racista, hay que contestar afirmativamente a preguntas como éstas: ¿permitiría usted que su hija se casara con un negro? ¿Sentaría usted un negro a su mesa? ¿Tendría usted un amigo íntimo negro? ¿Compartiría usted con un negro una habitación de hotel? Muchas personas que presumen de antirracistas reaccionan mal a estas preguntas. Deben revisar sus conceptos. Salvo unas características antropológicas, un negro es igual a un blanco.

Otra rectificación mental que hay que hacer para entender lo que pasa es dejar de culpar a los americanos como si fuesen ellos solos los culpables. En primer lugar, la idea de la supremacía de la raza blanca la ha inventado Europa —como recordaba hace unos días el gran escritor negro Bladwin—; los primeros mercaderes de esclavos fueron europeos; la población blanca de América está formada por emigraciones europeas. Y en último y claro término, el racismo norteamericano es una forma de «colonialismo interior» similar en todos los conceptos al «colonialismo exterior» practicado por Europa en África. Nadie puede tirar la primera piedra.

la óptica negra

Cuando hemos aclarado nuestras conciencias en estos dos puntos —que un negro es igual que un blanco y que todos somos responsables del racismo— podremos comprender el fondo de esta gran injusticia que aho-

SIGUE



LA MARCHA NEGRA





Numerosas celebridades se unieron a la marcha. Descendiendo del avión, aparecen Antoinette Bower, Rita Moreno, Charlton Heston, Tony Franciosa, Frank Silva, Marlon Brando y Harry Belafonte, que fueron entrevistados por los periodistas. Charlton Heston contesta a sus preguntas, rodeado por Burt Lancaster, Marlon Brando, Samy Davis y Harry Belafonte. En la restante fotografía, la célebre actriz de teatro Susan Strasberg junto a Paul Newman.

ra está comenzando a repararse. Para ello hay que escuchar a los negros. La carta privada que una muchacha negra de los Estados Unidos envía a una amiga en Europa («L'Express», número del 29 de agosto) explica parte de la cuestión. «El problema es que somos invisibles. La radio y la televisión estaban cerradas para nosotros, salvo si éramos cantantes o algo en el mismo género. Los periódicos hablaban de los crímenes en que estábamos implicados siempre como agresores de los blancos, nunca como víctimas. Nunca se publicaba una foto de suburbios, asilos o prisiones que no estuviese poblada de rostros negros: en cambio no se encontraba ninguno en los artículos sobre ciencia, medicina, enseñanza, investigación espacial o incluso el ejército. Estábamos allí, pero no se nos veía. Y puesto que no se nos veía, se nos podía tratar como basura...» «Las instalaciones «separadas» no han sido nunca «iguales». Es sólo en nuestros barrios donde no se recogen jamás las basuras, donde no se alumbran las calles, donde no hay policía, donde no se obliga a los propietarios a mantener los edificios. Y si arreglamos nosotros mismos la casa en que vivimos, se nos aumenta el alquiler. Ni siquiera podemos negociar como todo el mundo. Los almacenistas nos venden productos de calidad inferior; se nos niegan los seguros; los policías vienen a reclamar un porcentaje sobre nuestros beneficios; **SIGUE**

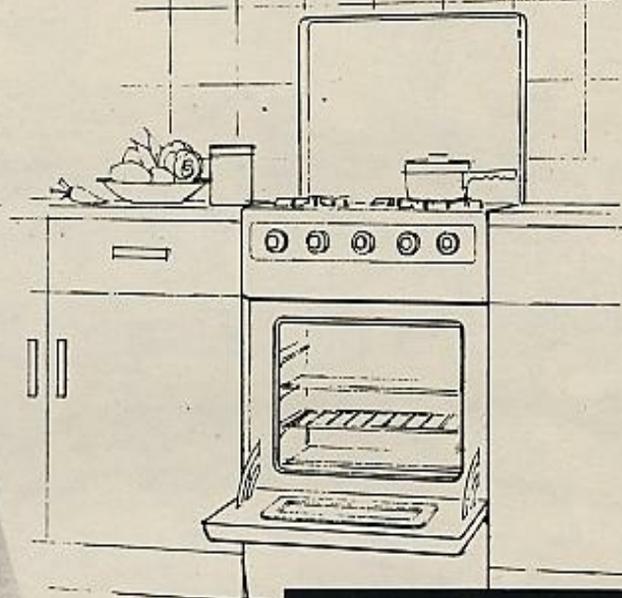


para su **FRIGORIFICO**

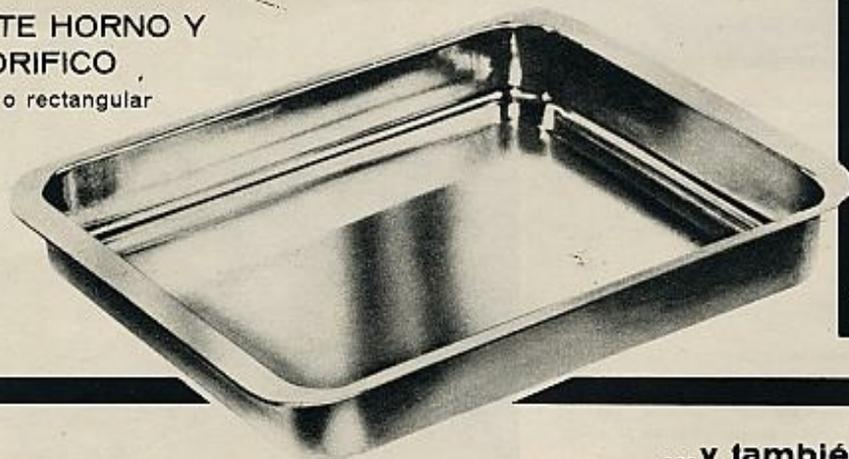
La fuente para horno BRA
es muy práctica para guardar los alimentos en la nevera,
resulta excelente para cocinarlos en el horno
y es ideal para presentarlos en la mesa.

Brillante, práctica y elegante,
prestigia la mesa y la cocina...
...y dura toda la vida!

Por ello el acero inoxidable es ahora
el sueño de toda ama de casa.



**FUENTE HORNO Y
FRIGORIFICO**
ovalada o rectangular



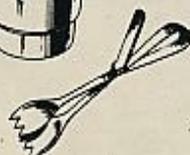
acero inoxidable (18/8)

0.5.14

...y también para su frigorífico:



CUBO Y PINZAS
PARA HIELO



PLATO PARA CUBO,
JARRA, BOTELLA, VASO



JARRAS PARA LECHE,
VINO, CERVEZA, SANGRÍA



se nos hace pagar el doble. Y después los blancos vienen a preguntarnos por qué no abrimos comercios como ellos... Somos los últimos a quienes se contrata, los primeros a los que se despide. Los sindicatos no nos admiten si no estamos colocados; los patronos no nos colocan si no estamos sindicados».

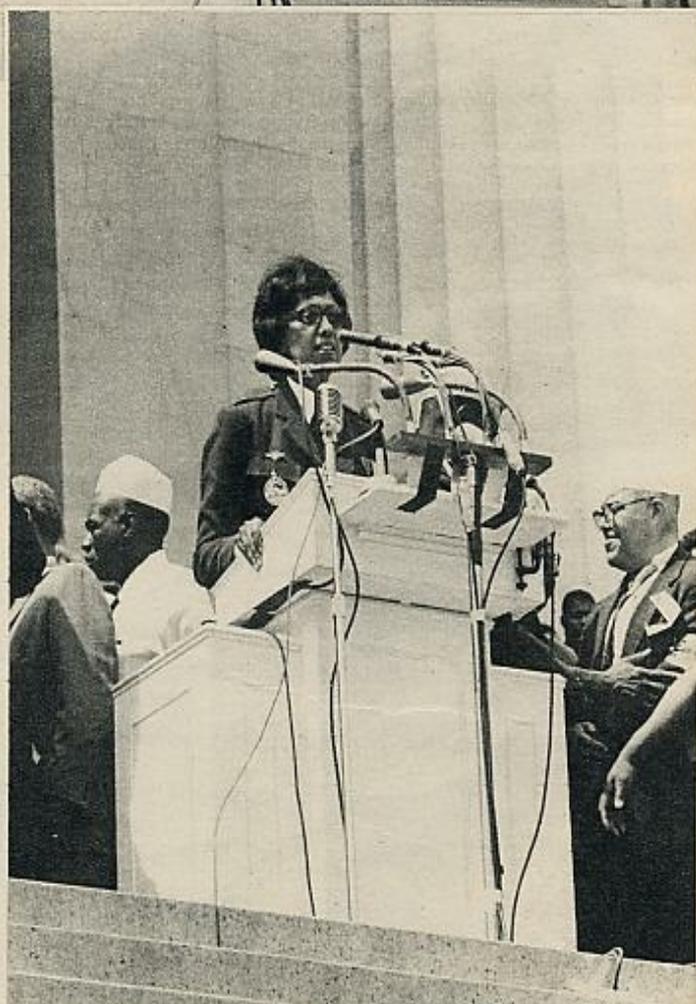
El semanario «Newsweek» (29 de julio) ha recogido frases de negros quizá más expresivas. «Desde niño me odié a mí mismo porque era negro» (Richard Malcom, de Detroit). «En el servicio militar los blancos me gritaban y me llamaban «Nigger» forma despectiva de «negro»). Fui a combatir a Europa y la idea de que podía morir por nada me dio el sentimiento de que combatía sin causa». (Charlie Jones, de Chicago). «Tenemos el sentimiento de estar castigados por algo que no hemos hecho» (un obrero ferroviario de Nueva Orleans).

De todas formas, es posible que la frase más amarga fue la que pronunció un negro americano durante la segunda guerra mundial. Una revista hacía una encuesta en la que preguntaba a cada persona qué castigo ejemplar daría a Hitler. Aquel negro respondió: «Lo pintaría de negro y le haría vivir en los Estados Unidos».

bases de una revolución

Las bases de la revolución negra a la que estamos asistiendo este verano —en realidad, dura desde hace 150 años— son las de cualquier revolución social. Otra manera típica y necesaria de entender lo que está pasando es esta frase de revolución social: los negros son una clase oprimida y llevan adelante una lucha de clases, formada por 19 millones de ciudadanos de Estados Unidos. Los ingresos medios de una familia negra equivalen al 53 por 100 de los de una familia blanca (es curioso que en este aspecto hay una regresión: en 1957, la relación era de un 57 por 100. Posteriormente, el aumento de nivel de vida ha ido favoreciendo a los blancos con privilegio). El paro obrero es de un 12 por 100 entre los obreros negros, más del doble que entre los obreros blancos. La primera reivindicación de los negros es igualdad de condiciones de trabajo, igualdad de salarios. La segunda concierne a la enseñanza: en los 17 estados del Sur, sólo el 8 por 100 de los niños negros tienen acceso a las escuelas junto a los niños blancos. La igualdad de alojamiento es otra reivindicación. Y el derecho de voto: reconocido por la Constitución, sin embargo, sólo un 29 por 100 de los negros en edad electoral en los Estados del Sur (censo, 2 millones de negros) se atreven a acercarse a las urnas. El último punto de las reivindicaciones es el final de la segregación moral, el de la igualdad en las relaciones públicas.

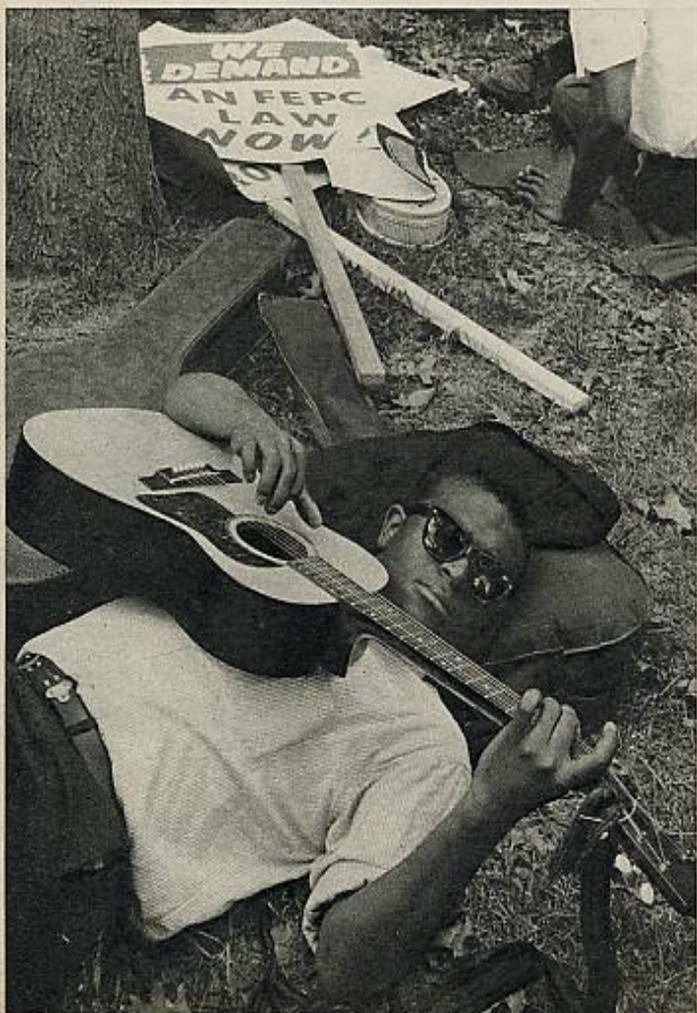
SIGUE



A lo largo de siglo y medio, los negros americanos expresaron en sus canciones su aspiración a la libertad. En la Marcha sobre Washington sus cánticos recobraron el antiguo sentido. En una de las fotos, Odette infunde fervor a la multitud. En la otra, vemos a la veterana Josefina Baker durante su intervención oratoria.



Meticulosamente preparada, la concentración se proponía demostrar —y lo demostró— la fuerza de la raza negra. Millares de negros de diversos Estados le infundieron un poderoso significado. La manifestación tuvo también su anécdota: el asalto a improvisadas fuentes, la evasión folklórica en un descenso...



La lucha, que dura desde hace siglo y medio, se ha planteado ahora con más energía que

por qué ahora

Si la lucha dura desde hace 150 años —desde que la primera Constitución concedía igualdad de derechos a todos los ciudadanos, y aun desde antes: los cánticos negros fueron, en su origen, una manera que los esclavos tenían de transmitirse consignas para escapar sin que los capataces lo advirtieran—, ahora es cuando se ha planteado con más energía que nunca. La razón es sencilla: estamos en la época de la liberación de los negros en todo el mundo, y los americanos no entienden ser una excepción. Hay unos doscientos cincuenta millones de negros en el mundo, y los 140 millones de negros africanos han dado ya la señal de libertad. Los negros de Estados Unidos han visto a N'Krumah entrando en la Casa Blanca y comiendo junto a Kennedy; han visto las delegaciones africanas en la ONU ganar batallas importantes. El sentido de la revolución africana ha llegado hasta ellos.

Pero hay otro ahora que parece un poco más enigmático: ¿Por qué precisamente ahora un Presidente de los Estados Unidos, las autoridades de Washington, aceptan el problema de cara y se ponen al lado de los negros? Hay una explicación simplista, que es la amplitud mental de los Kennedy —el Presidente y sus hermanos— y su sentido social. Sin desdeñarla, no basta. Hay presiones políticas importantes. Una de ellas es la del continente africano, cuya amistad no puede ganar Estados Unidos —y es primordial— mientras no cese la segregación. Otra, el impacto fabuloso que creó en Harlem la visita de Kruschev y de Fidel Castro —alojado él mismo, por increíble torpeza de la administración americana, en un hotel para «coloured people» que comenzó a ganar negros para el comunismo. Finalmente, está la presión de la masa negra, su fuerza revolucionaria. Esta fuerza, hasta ahora, se basa en la «no violencia»



nunca. «Ahora»: ésta fue la palabra defensora del sentido de la gran manifestación «Queremos igualdad de derechos, ahora», «Queremos puestos de trabajo, ahora». Ahora...

De un momento a otro puede cambiar. Y de hecho hay negros que eligen la violencia. Kennedy prefiere dar paso a los moderados, a los integracionistas, a los que quieren ser simples ciudadanos americanos, antes de que los otros ganen la partida.

los "musulmanes negros"

Los otros, los violentos, se han agrupado en una secta que empieza a ser temible: los «musulmanes negros». Los «Black Moslms» tienen dos jefes fanáticos: Elia Poole —que ha adoptado el nombre de Elia Mohammed desde que se ha convertido al Islam— y Malcom X., agitador del barrio negro de Nueva York, Harlem. Su religión es una desviación heterodoxa del islamismo, tan heterodoxa como que el islamismo es hoy una de las religiones más tolerantes del mundo, y los musulmanes de Elia Mohammed se caracterizan por su intolerancia. Han elegido esta religión porque no es una religión occidental, y ellos desdeñan religiones que les han segregado —en las iglesias católicas y de las sectas protestantes de los Estados del Sur no se admite a los negros junto a los blancos—. Los musulmanes negros son racistas: son contrarios a los matrimonios mixtos, patrocinan el predominio de la raza negra sobre la blanca, y entre sus profecías figura la del fin del reino del hombre blanco para 1970. Uno de sus objetivos inmediatos es la creación de un estado negro en el Sur de los Estados Unidos.

Su formación es enteramente fascista. Sus miembros se someten a un entrenamiento físico premilitar, tienen brigadas de choque. Predican el ascetismo: son vegetarianos y no fumadores ni bebedores, y sus miem-

SIGUE



La «Marcha sobre Washington» se produjo bajo un calor tórrido. Los servicios sanitarios funcionaron a la perfección, atendiendo a centenares de desvanecidos.

Vd. paga si le gustan

las amplicopias de color*

Para ello envíe a través de
su proveedor sus rollos

Kodacolor

para su revelado en los

LABORATORIOS Kodak

de Madrid



que le ofrecen:

calidad
rapidez
GARANTIA

* Porque Kodak hace amplicopias, sean pedidas o no, de todos los negativos aceptables y Vd. paga sólo las que le gusten y, las restantes las deja a su proveedor.

Solamente las amplicopias en colores hechas por los Laboratorios Kodak llevan este sello.

GARANTIA
KODAK →

Esta es una
COPIA KODACOLOR

Hecha por

Kodak

Vd. aprieta el botón... Kodak hace lo demás



La Marcha sobre Washington fue una afirmación de la voluntad de los negros norteamericanos de alcanzar, según uno de sus «slogans», «empleos y libertad para todos».

brotes entregan a la secta una parte de sus ganancias mensuales. El peligro de esta secta es claro. Hace un año, los «Black Moslms» eran setenta mil. Ahora son doscientos mil. Es decir, su crecimiento ha sido casi de un trescientos por cien en menos de un año. Dentro de cinco años, toda la población negra de América, salvo algunas excepciones burguesas, podría pertenecer a la secta. Y podría llevar la guerra civil al seno de los Estados Unidos, hasta conseguir ocupar los Estados del Sur... Esta secta es condenable, pero su evidencia ha producido reacciones favorables a la raza negra.

Es lógico que ante esta grave amenaza, Washington haya preferido al suave, dulce e inteligente Luther King, y su mansedumbre cristiana; al anciano Phillip Randolph, Presidente de la Hermandad de Mozos de Coches Cama, que ha esperado 22 años para ver lograda su idea de la marcha sobre Washington —la idea la lanzó en 1941— o a su auxiliar Rustin, un intelectual de 53 años que fue cuáquero, ha estado 22 veces en la cárcel, fue estudiante del movimiento de resistencia pacífica de Gandhi en la India y ha realizado numerosas marchas contra la bomba atómica y contra el renaciente antisemitismo en Alemania, O como Roy Wilkins y Whitney, predicadores de la «no desobediencia civil». El problema está en saber si se llega a tiempo, si la semilla de la violencia no está demasiado profunda. Recordemos que todos los intentos europeos para favorecer a los líderes moderados del anticolonialismo en África se hicieron demasiado tarde y demasiado mal. Los Estados Unidos pueden no ser una excepción en este movimiento.

no está todo hecho

Sobre todo, si tenemos en cuenta que no todo está hecho. La revolución negra no ha hecho más que comenzar con esta marcha sobre Washington. La «Ley de derechos civiles» de Kennedy está pendiente de aprobación por el Congreso. Los «filibusteros» del Sur van a retrasarla en lo que puedan. La táctica de los «filibusteros», obstruccionistas de debates, es conocida desde 1841. Consiste en que la minoría de senadores contraríos a un proyecto, que inevitablemente va a ser aprobado, se turnan en el uso de la palabra durante horas y horas, jornadas y jornadas. La táctica que tienen preparada ahora los 19 senadores «filibusteros» es ésta: se dividirán en tres grupos, y mientras uno de estos equipos ocupa el senado, los otros dos descansan en sus casas o en los

hoteles, duermen y comen para después relevar a los oradores que a su vez pasan a descansar. (El primer filibustero fue Huey Long, en 1941. Su famoso discurso pirata duró 15 horas y 35 minutos, y en él dio recetas de cocina, contó historias acerca de su tío, etc. La necesidad de acudir al cuarto de baño le rindió. Ha habido posteriormente piratas que han batido el record: actualmente lo tiene Strom Thurmond, que en 1957 habló durante 24 horas y 18 minutos). Esta vez, el campeón del equipo es el senador Russell, cuya doctrina es la de que los negros ya son iguales a los blancos en todo, y no necesitan más derechos.

Es muy posible que, a pesar de todo, la ley de derechos civiles de Kennedy se apruebe. Pero ¿significará algo? En realidad, la igualdad de los negros ante la ley y ante la vida está definida por la Constitución de 1787, repetida por la sentencia del Tribunal Supremo de 1857, por la proclamación de libertad de Lincoln en 1863, por enmienda 13 de la Constitución en 1865 y el Acta del Congreso de 1866; por la 14 enmienda constitucional de 1868 y la 15 enmienda de 1870; por una nueva sentencia del Supremo llamada de los «derechos iguales pero separados» en 1896, por las decisiones de desagregación de 1954 y 1955. Pero la condición del negro apenas ha variado. La cuestión está en meter bien las ideas en las cabezas de los blancos, en acabar con el racismo moral. Esto puede ser labor de años.

ahora

Pero las pancartas y los discursos de los negros el 28 de agosto han repetido una palabra: ahora. No sé si era una consigna o una coincidencia, la expresión de algo que está en el ambiente. Ya no pasan más, ya no aguantan más. La carta de la muchacha negra que antes he citado termina con estas palabras, que son el sentimiento de todos los negros de Estados Unidos: «Lo que me ocurre en tanto que individuo es lo mismo que ocurre a los otros negros. Por eso grito, desfilo, blando pancartas cuyo sentido general es: **E. H. T.** «Ya estamos hartos.»

**SERVICIO EXCLUSIVO EURO PRESS
Y GLOBE • FOTOS: SANCHEZ MARTINEZ**